



CAPITULO XXXVI

Noticia de dónde estaba don Dionisio,
su nueva fortuna, su llegada á México y conducta
que entabló. Por su mujer é hija cae en una cama y muere.
Ingratísimo modo de obrar de Eufrosina
en este lance

Como me levanté tarde, ni pude ni tuve ocasión de decir nada hasta el medio día en la mesa, á que casualmente asistieron ese día Pudenciana y su marido, é im-

puestos todos de cuanto desorden había visto en casa de doña Eufrosina el día anterior, se lamentaron de las desgracias que eran consiguientes á esa conducta, y mi tutor, tomando oportunamente la palabra, dijo:

— La conducta de esas miserables me parte el alma, y más porque veo que no tienen remedio; pero ya que me dan ocasión, diré á ustedes lo que he observado muchas veces con respecto á la odiosa y criminal pasión del juego. A instancias de algún concurrente se permite por una sola vez, y después de muchas instancias, un rato de monte. Este rato se prolonga mucho más de lo que se creyó al principio, y ya está hecho el daño y abierto el camino á uno de los mayores azotes que pueden sobrevenir á una familia. Un solo hecho de esta especie basta para contraer una afición, que crece con los años, nunca se extingue y conduce al crimen, á la ignorancia, á la pérdida del reposo y á un fin trágico y deplorable. Si se hubiera tratado de inventar el medio más eficaz de despojar á la mujer de sus gracias naturales, no hubiera podido hallarse uno más á propósito que el juego. La mujer que le cobra afición está en un frenesí habitual, en una ansiosa inquietud, en un anhelo continuo que la priva para siempre de la aptitud para las ocupaciones serias y útiles. Ni siquiera le queda el derecho de exigir las consideraciones y preferencias que se tributan en toda sociedad

á las señoras, porque el juego requiere una perfecta igualdad, y los jugadores de profesión la miran como su víctima si pierde, como su enemiga si gana, y en todos casos como su cómplice. Cuando esta perversa propensión se ha hecho dominante, no sé cómo se pueda oponer á la inmoralidad y al desorden, ni creo que pueda haber sombra de estabilidad en las relaciones públicas y privadas. Las inclinaciones más depravadas, el embrutecimiento, la chocarrería, las libertades más groseras é indecentes, deben ser y siempre son las compañeras inseparables del juego. La degradación que imprime en el alma, aletarga las facultades, la condena á ejercitar su comprensión en la más despreciable de las futilidades, y dándole el convencimiento de su propia bajeza, le quita los medios y el deseo de ella y de emprender la menor reforma. Se me figura que este vicio es propio y el más eficaz instrumento para ejercer sobre el hombre el más absoluto despotismo, porque interesado éste en convertir el hombre en máquina, ¿puede inventarse un medio más seguro que el que lo reduce á fijar toda su atención en las vicisitudes del azar y en los movimientos de unos cartones pintados? Hablo sólo con mi familia, y creo que ninguno de ella es capaz de venderme por decir con franqueza mis sentimientos, y con tal seguro diré, que en mi juventud ví que el juego llegó á ser una de las horribles calamidades con que los

agentes de la tiranía habían inficionado mi patria; pero ésta, si no en la presente lucha, aunque más tarde, ha de ser libre á costa de cualquiera sacrificio, y esta consideración sólo es bastante para imprimir el sello de la proscripción y de la ignominia á un pasatiempo más destructor que la guerra desoladora, y dejarnos el tiempo expedito para educar á nuestras familias y formar buenos ciudadanos, que ya serán nuestros hijos, y muy particularmente las mujeres, que son las encargadas de dar las primeras impresiones á la infancia.

Así discurrió el coronel sobre el maldito juego, y seguimos hablando del estado de angustia en que estarían las señoras Langaruto, cuando al terminar la mesa metieron á don Rodrigo dos cartas que conducía el cartero, y vió una grande que venía de Chihuahua y tan abultada, que su porte eran cinco reales, y la otra de Puebla por el porte de dos reales. Pagó ambos, y llamándole la atención la primera, por lo abultado y por ser de un punto en donde no tenía ninguna relación, la rompió, y con admiración dió un grito de sorpresa:

— ¡Don Dionisio, don Dionisio!

Todos nos sorprendimos é interesamos en saber cuál era la suerte de aquel hombre, y el coronel, apartando una carta que venía para doña Eufrosina, otra para Pomposita y otra para un comerciante, leyó la que á él se dirigía, y decía así:

«Señor coronel don Rodrigo Linarte.

»Chihuahua, etc.

»Mi muy amado hermano y mejor amigo: Cuando la triste situación á que me redujeron mis pasados desórdenes me hicieron separar de mi casa y mi familia, el volver á ella era de lo que menos esperanza tenía. El despecho me conducía errante y sin destino, y era inevitable perderme; pero la Providencia divina, que ha escuchado seguramente las oraciones de V., mi hermana y sobrina, me preparó el remedio de mis males. Yo, con el carácter de soltero y con el nombre de Pedro Murguía, me destiné en Durango en una tienda por el mezquino sueldo de cien pesos anuales, con el que sufrí un año, y concluído me subió mi amo cincuenta pesos más; pero habiéndole escrito un comerciante de Chihuahua que un amigo suyo necesitaba un cajero de confianza y que daría doscientos cincuenta pesos, me lo propuso, y yo, que deseaba alejarme todo lo más posible, acepté y marché á los tres días. Llegué á mi destino, y me encontré con que mi nuevo amo era un español, solterón viejo de sesenta años, que tenía una tienda con cosa de ocho mil pesos, una casa propia y una haciendita que valía treinta y cinco mil; pero me enfrié cuando oí que se llamaba don Ambrosio Langaruto. Sin embargo, resuelto á ocultar mi nombre, comencé mis trabajos como hombre que

no desconoce los negocios, de lo que resultó que á pocos meses me dijera mi amo: — Don Pedro, yo estoy viejo, no tengo aquí pariente alguno que vea por mí, y V. ha simpatizado conmigo, á más que le veo amor al trabajo; desde hoy se encarga V. del cuidado y administración de todos mis intereses; véame V. como un amigo, que yo quiero serlo de V. y no le ha de pesar. — Yo le ofrecí cuanto me exigía, y desde entonces comencé á manejarlo todo con la exactitud y fidelidad que debía. En las conversaciones familiares que después tuvimos, descubrí que mi amo era hermano menor de mi padre, que vinieron juntos de España y que por una riña que tuvieron se separaron. Mi padre quedó en esa ciudad, y don Ambrosio se vino á ésta, sin que jamás volvieran á comunicarse de ningún modo.

»Conciba V. cómo quedaría con tal noticia y la incertidumbre en que entré, de si me descubriría ó no; pero me resolví á lo segundo, y así me mantuve hasta ahora hace dos meses que, viendo que mi amo se agravaba de sus achaques habituales y concibiendo alguna esperanza, me determiné á descubrirme, valiéndome de poner con disimulo mi partida de bautismo, que tuve cuidado de traerme en mi fuga, para que en caso de morir ella dijese quién era yo y se avisara á mi familia. Tan pronto como la leyó comenzó á gritar: — ¡Dionisio, Dionisio! — y yo, temblando y anegado en llanto, acudí á verlo. Ya lo

encontré que iba á buscarme; me eché á sus pies, se los besé, porque veía en él la imagen de mi padre, y me alzó; nos abrazamos, y cuando estuvimos desahogados le conté mi historia. Él me previno dispusiera mandar por mi familia á toda costa, y así lo habría ya hecho si mi tío no cayera gravemente malo á los tres días; se fué poniendo peor cada día, hizo su testamento, en el que me dejó de su único y universal heredero, y murió hace un mes y ocho días.

»Hice sus funerales como correspondía, lo mismo que sus honras, y determinando luego volver al seno de mi familia he traspasado la tienda, de lo que mando á V. la adjunta libranza de tres mil pesos, que me hará favor de poner en manos de mi Eufrosina, para que ella y mi hija los reciban como una prueba de mi amor y de la mejora de nuestra suerte.

»Sólo aguardo á que me den el valor de la casa y hacienda en el mes que he dado de plazo, é inmediatamente salgo para esa, en donde tendré el gusto de acabar de pagar á mis acreedores y de abrazar á V., á mi hermana y sobrina, y manifestarles de mil modos mi reconocimiento y cariño. Entretanto mande V. como guste á su apasionado y agradecido hermano, que ansía por verlo y atento b. s. m.

DIONISIO LANGARUTO.»